STAR WARS
Sombras Remotas
José Antonio Ceballos Oliva

Año 723 ABY, Zeth Quint, expadawan Jedi y ahora mercenario, vive una atormentada vida marcada por la pérdida de su antiguo maestro años atrás, una pérdida que le ha llevado a la condición de extraño y apátrida sin encontrar su lugar en la galaxia. En una época de complacencia para la República donde los Sith son solo un recuerdo amargo, el futuro de Zeth se verá perturbado por unos inesperados descubrimientos que darán un nuevo sentido a la búsqueda de redención consigo mismo.

\

Sombras Remotas

José Antonio Ceballos Oliva

Autor: José Antonio Ceballos Oliva (Destiny Pandi en Wattpad, Darca Nyl en Libros Star Wars)

Publicado originalmente en Wattpad

Publicación del original: fecha de la publicación original

723 años antes de la batalla de Yavin

este relato es fan-fiction, no es una parte oficial de la continuidad del Canon ni de Leyendas

Revisión: …

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

26.05.20

Base LSW v2.22

Declaración

Todo el trabajo de creación, revisión y maquetación de este relato ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Star Wars y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de Lucasfilm Limited.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Introducción - Desconsuelo

Anoche volví a soñar con él, de nuevo vislumbré aquellas ruinas decadentes repletas de cuerpos masacrados y sin rostro; aquel silencio sepulcral tras el bombardeo únicamente roto por mis jadeos al levantar fragmentos de metal y remover trozos de carne buscándole, la posterior llegada de los judiciales y como me encontraron sollozando en aquella estampa grotesca; no, no encontré más que su sable láser, pero sentí como algo se desvanecía en la Fuerza. De un momento a otro, la única persona que había estado ahí desde que tuve uso de razón y había sido como mi padre, había fallecido dejando un vacío enorme en mí.

Ya han pasado casi quince años desde que me dejó en Ordo durante la brutal «Escisión Mandaloriana» y aun así, no dejaba de pensar y soñar con él, a veces pensaba que seguía ahí, en alguna parte, que no se había ido, creía verle en muchos lugares a los que me dirigía, pero siempre resultaban ser delirios de mi imaginación y engaños de mi mente.

Lo que siguió a su pérdida, fueron años de tormento errando quejumbrosamente de planeta en planeta y ganándome la vida como podía, mozo de carga, vigilante de almacenes para ostentosas corporaciones, cualquier cosa que me viniese bien para poder ver la luz del día una vez más, y perpetuar esa mísera forma de vida que representaba más carga que goce, una carga que solo podía soportar con un habitual consumo de especias.

Hace tres años todo cambió, cuando un exconvicto trandoshano en una operación minera me comentó la posibilidad de hacerme contratista mercenario, lo rechacé tajantemente. Ese no era el camino Jedi, ni si quiera el camino Jedi tan poco ortodoxo que mi maestro me inculcó. Pero cierto es que él ya no estaba conmigo y hacía mucho que necesitaba algo de disciplina para encauzar mi vida y dejar el consumo de especia ryll que tanto daño me estaba haciendo. Estos últimos razonamientos, finalmente, me empujaron pocos meses después a considerar esa oferta y entrar en el Gremio de Cazarrecompensas.

Sabía que con metas y objetivos, además de con un poco de acción, evadiría mis pensamientos y fortalecería mis oxidados músculos, pero también sabía que Cos Varik no hubiese aceptado este giro en mi vida. Cos, mi difunto maestro, pese a haberse separado de la Orden hacía mucho debido a discrepancias en cuanto al dogma se refiere, siempre me enseñó desde que me recogió en Telos IV el valor del sacrificio y servidumbre a una causa y el pacifismo Jedi; todo eso, eso sí, aderezado de fuertes críticas a un consejo y a una Orden Jedi que nunca conocí de primera mano y que a sus ojos coartaba las diferentes visiones de la Fuerza para homogeneizarlas a golpe de dogma.

Ahora todo eso daba igual, mi consumo de especias se había reducido progresivamente entre misiones y mi mente se aclaraba cada vez más, aceptando la pérdida de mi maestro, no sin mantener aún una gran espina clavada por la culpa de no haber podido predecir el bombardeo que acabó con su vida y que me condujo a esa espiral autodestructiva.

Capítulo 1 - Tensión y ansiedad

Año 723 ABY, Jabiim, Borde Exterior.

Acepté una misión muy importante y la cobraría bien. Un grupo de terroristas antirrepública habían secuestrado al hijo del corrupto senador de Jabiim para pedir la salida de su planeta del Senado Galáctico; la incompetente FPS de un planeta tan marginado y empobrecido como tal, no contaba con unidades capacitadas para extraer a un rehén con garantías. Así pues, se solicitó la intervención de los Jedi pero la burocracia era lenta y la situación crítica. Se solicitó a varios cazarrecompensas capaces para la misión y ahí es donde yo y mis habilidades incompletas de Jedi entraban en juego.

Tras una breve y apresurada introducción en un centro de mando durante un día oscuro y lluvioso, algo habitual en Jabiim, tuve la oportunidad de presentarme a las personas con las que formaría equipo, un ingeniero zabrak, una tiradora humana y un corpulento mandaloriano, todos aparentemente curtidos y recién llegados de cualquier lugar de la galaxia como parecían indicar sus fatigadas expresiones. No me importaban lo más mínimo, solo quería acabar el trabajo, cobrar y salir de ahí.

Una vez preparado el equipo y con las instrucciones claras, desde aquel pequeño centro militar, tomamos un aerodeslizador hasta la zona acordonada; barricadas, incontables soldados y un perímetro muy amplio nos esperaban alrededor de un edificio de tres o cuatro plantas con apariencia de complejo industrial abandonado, todo eso mientras una lluvia torrencial hacía de esa una estampa poco apetecible.

—¿Todo esto por un grupo de 5 a 15 personas? —dije.

—A la República siempre le ha gustado abrumar con su gran número de tropas aunque luego sus soldados no valgan nada —declaró el mandaloriano.

—No te equivoques mandaloriano, aún no hemos recibido apoyo de la República ante esta crisis, de hecho, Jabiim es continuamente ignorado en todas sus peticiones. —Respondió el copiloto del aerodeslizador, y añadió—. Vamos, todo el mundo abajo, hemos llegado.

Aterrizamos en medio de una «zona de nadie» entre el edificio y el perímetro. El fango del suelo hacía que, al pisar, sintieses que en cualquier momento podías resbalar de forma estridente. Agarré con fuerza mi pistola bláster y con cierto nerviosismo presencié como todos se disponían en sus posiciones previamente acordadas. La tiradora se quedó en el aerodeslizador y nos dio su señal por el comunicador. A su vez, el ingeniero zabrak estaba colocando una carga térmica de demolición en la entrada principal previamente sellada por los terroristas y el mandaloriano revisaba con meticulosidad y aparente confianza su fusil bláster.

Tres, dos, uno y… una explosión, granadas aturdidoras e, inmediatamente después, entramos. El mandaloriano abrió fuego con su bláster y tumbó a varios objetivos los cuales se encontraban envueltos en una gran confusión. Yo, sin embargo, no veía nada, todo borroso y caótico, subí las escaleras hacia la planta de arriba, detrás de mí estaba el zabrak mientras que el mandaloriano estaba aún abajo comprobando sus bajas.

Subimos y todo estaba tranquilo, todo el edificio parecía abandonado desde hace ya mucho. De pronto, de entre las sombras salieron tres seres que se nos abalanzaron violentamente y nos tiraron. El zabrak forcejeaba con uno de ellos mientras otro le asestaba varias puñaladas en el estómago. Yo, luché por levantarme pero un tercero me dio una patada en el costado que me hizo caer de nuevo, no sin antes descargar varios disparos de mi pistola bláster en él neutralizándole. Con el zabrak ya muerto, las dos figuras que habían acabado con él me miraron y me abordaron, rodé para evitar una puñalada dirigida al cuello y el agresor fue posteriormente abatido por un certero disparo proveniente del exterior y que había penetrado por la cristalera de esa planta. Aun agitado y confuso, sin entender lo sucedido, aproveché la confusión también presente en el terrorista restante y me arrojé hacia él. Con mi bláster en el suelo dos metros tras de mí, no tuve otra opción que encender mi oxidado sable láser y apuntar la hoja morada hacia su cuello. Con expresión temerosa tiró su vibrocuchillo al suelo.

En ese instante me fijé con profundidad en él y me quedé paralizado, como en trance; vi en él, en un desaliñado combatiente bith, algo familiar y que parecía querer decirme algo, algo que miles de voces en mi interior nublaron gritando todo tipo de locuciones incomprensibles y haciendo que mi cabeza pareciese a punto de estallar, hasta que de repente, salí de ese estado de conciencia cuando un disparo furtivo impactó en el pecho del bith quitándole la vida; era el mandaloriano, que había subido a toda prisa al escuchar el forcejeo. El bith estaba desarmado y no había necesidad de matarlo, pero evité reprochárselo al mandaloriano para no entorpecer la operación. Finalmente, en esa misma sala al final, encontramos al hijo del senador maniatado, muy asustado y repleto de cortes en un lúgubre cuarto de mantenimiento de droides. Habíamos cumplido.

Comprobamos que no había ningún otro terrorista en el edificio y, tras haber cortado las ataduras del joven, con sumo cuidado lo bajamos y salimos al exterior mientras entraban varios operativos militares a comprobar los cuerpos. El chico estaba aterrorizado aun, no era capaz de articular ninguna palabra, pero cuando vio a los suyos, su expresión tornó en una de alivio.

Al final del día ya había «pasado por caja» y me disponía a abandonar el fangoso Jabiim por un planeta más apacible donde tomarme un ligero descanso antes de aceptar otro nuevo contrato tras esta ardua misión. Lo acontecido con aquel bith en el edificio todavía me sugería muchas preguntas para las que no tenía respuesta y que prefería evitar. En dirección a mi nave, anteriormente de mi maestro, vi al mandaloriano acercarse a mí.

—Eh tú, estuviste bien antes, te deshiciste de esos terroristas con cierta habilidad.

—Gracias, me iba la vida en ello, aunque la tiradora me libró de acabar como el zabrak.

—Lo sé, somos un equipo y sobre eso precisamente quería hablarte… —le interrumpí—. Trabajo solo, lo siento.

—Entiendo, y ¿Cómo es que un Jedi trabaja para el gremio? ¿Tienes maestro o aprendiz? ¿Y un nombre tal vez?

—Estoy en el Gremio de Cazarrecompensas porque ya no soy un Jedi. —Si es que antes se podía considerar que lo fuese, pensé—. Además mi maestro falleció hace ya tiempo atrás, ayudándoos contra la República.

—¿Tu maestro fue acaso *Be'Ruusan*? El bith que nos ayudó en el *Dral'Han*.

—Así es, él no estaba de acuerdo con la postura y las decisiones que tomaron el Consejo Jedi y la República contra vuestro pueblo y que desencadenaron esos indiscriminados bombardeos a posiciones tanto militares como civiles.

—¡*Haar'chak*!, No me lo recuerdes Jedi. Además, aun no me has dicho tu nombre.

—Mi nombre es Zeth, Zeth Quint y si no tienes nada más que añadir, he tenido suficiente acción por hoy, me marcho.

—Espera. —Dijo antes de que pudiese poner un pie en mi nave—. En agradecimiento por lo que tu maestro hizo por el Clan Ordo y mi pueblo en general, te diré una cosa.

—¿De qué se trata? No tengo todo el tiempo del mundo, no es el mejor de los días para hablar en la intemperie con este tiempo.

—Vayamos adentro pues —dijo señalando mi nave.

—No gracias, si no te importa, quiero que sea corto.

—Bien Jedi, tu maestro sobrevivió a aquel bombardeo…

—¡¿Cómo dices?!

—Lo que escuchas, sigue con vida.

—Eso es imposible, sentí en la Fuerza algo extraño, como una pérdida, y además encontré su sable junto a restos orgánicos.

—Por lo tanto, no encontraste su cuerpo, ¿no es así?

—Ningún cuerpo era reconocible entre cientos de civiles masacrados, su maltrecho e inutilizable sable fue lo único que identifiqué de él.

—Verás, antes de eso, mi patrulla y yo fuimos los primeros en llegar al derruido refugio civil tras el bombardeo, buscamos supervivientes y entre todos los cadáveres y ruinas le encontramos a él, un bith con ropajes Jedi y expresión fría, si bien es cierto que no le recuerdo en posesión de un sable láser. —Puntualizó el recio mandaloriano.

—Dame más detalles, no esperarás que me crea eso tras quince años sin saber nada de él.

—No hay mucho más que decir, dijo que nos fuésemos, que un convoy de fuerzas judiciales estaban de camino. Dijo que no podía hacer más por nuestra causa y que su lugar ahora estaba en algún sitio llamado Malrev IV.

—Esto es ridículo, ¿por qué haría mi maestro algo así? No me abandonaría a mi suerte sin más explicaciones.

—¡Escúchame *utreekov*! No sé cuáles fueron las motivaciones de tu maestro pero lo que está claro es que estaba vivo y que su advertencia fue real; más tarde, cuando fuimos en dirección al puesto de avanzada, fuimos capturados por un convoy de casacas azules. Además, nunca mentiría sobre alguien que nos ayudó tanto durante el *Dral'Han*, mi honor me lo impide.

—Está bien, agradezco esa información, aunque debo decirte que me resulta difícil de creer y que además, incluso siendo verdad lo que dices, ya poco puedo hacer, ha pasado mucho tiempo y no tendría forma de localizarle. —En el fondo, la duda me corroía, sentía como si mi instinto me llamase a aquel lugar llamado Malrev IV.

—Haz lo que tu corazón te dicte *evaar'la*, yo ya he saldado mi deuda, de todas formas, hagas lo que hagas, cuídate.

—Sí, lo haré, llevo haciéndolo desde hace mucho.

Capítulo 2 - Desconfianza

Año 723 ABY, Malrev IV, Borde Exterior.

Hacía mucho que me maltrataba con pensamientos sobre la pérdida de mi maestro, aquella pista sobre el supuesto paradero de Cos, no hizo sino despertar unos sentimientos que creía dominados. Sin duda, no era así; sabía que muy dentro de mí siempre me negué a aceptarlo, que siempre albergué un atisbo de duda, una duda que se alimentaba de mí y me consumía de forma estrepitosa pero que logré evitar estos últimos años con los contratos del gremio. Ahora estaba sumergiéndome de lleno en las profundidades de mis demonios, recreándome en una odiosa conjetura que había llegado a mi vida para desbaratarla cuando creía que todo estaba bajo mi control. Evitar un pensamiento no significa domeñarlo, y esto era la prueba de ello.

Sin nada que hacer tras la misión y con poco o nada que perder, puse rumbo a las apartadas coordenadas de Malrev IV con el objetivo de saciar mis pensamientos.

Hacía solo un día que me encontraba en la superficie del subdesarrollado Malrev IV, un planeta lluvioso, con densos bosques y poco habitados y dispersos focos de población que hace ya varios milenios que fueron colonizados. Al parecer, había una raza nativa muy agresiva de antropomorfos de cuatro brazos muy peludos que habitaban en los bosques del exterior de las aldeas y que hacían de la colonización una empresa poco atractiva para cualquier corporación. Igualmente, prefería la sencillez de estos planetas del Borde Exterior y evitaba los ricos e industrializados del Núcleo Galáctico, siempre tan vanidosos y frenéticos.

Aterricé mi nave en un gran hueco de una explanada semiárida. Nadie vino a recibirme. Dando una vuelta para reconocer la zona, no pude evitar fijarme en que la aldea donde me encontraba era muy humilde, una amplia llanura daba emplazamiento a varias casas hechas de una especie de adobe, algo común en muchos planetas pobres del Borde Exterior, y los aldeanos, casi tribales, apenas se dejaban ver por los amplios caminos que separaban los hogares. No había ninguna autoridad aparente, parecía como si todos hubiesen olvidado su remoto origen colono y hubiesen abrazado el más tosco primitivismo. Tuve una sensación extraña, me sentía observado, notaba miradas furtivas desde las ventanas, estaba siendo vigilado muy de cerca. Quizás era desconfianza, quizás hostilidad; sea como fuere, me limité a aparentar normalidad con mi mano cerca del bláster y, pese a todo, no hubo ningún incidente. Antes de que hubiese anochecido, ya había regresado a mi nave, allí, saqué las raciones de comida de emergencia que guardaba para situaciones de necesidad para poder llevarme algo a la boca tras tantas horas sin ingerir nada.

Tras una cena poco apetecible de tiras de carne de bantha deshidratadas y barritas de vitaminas, me dispuse a conciliar el sueño en el asiento de la cabina, no sin antes comprobar que la compuerta de la nave había sido bien sellada para evitar posibles desafortunados encuentros durante la noche. Mi sueño en el incómodo asiento fue

irregular y ligero, constantemente interrumpido por los extraños ruidos de la noche y una incómoda sensación de inseguridad.

¿Por qué elegiría Col este planeta? ¿Por qué se iría sin decirme nada? ¿A caso había algo que él nunca me quiso revelar? Múltiples preguntas me abordaban en la soledad de la noche y me veía incapaz de encontrarle sentido a nada de eso. Las pesadillas eran constantes, protagonizadas por siluetas negras como la noche que pululaban a mi alrededor mientras sentía una llamada desde lo más remoto de las profundidades del alma. Dormir fue más complicado que nunca.

Al día siguiente, tras haber dormido escasas horas y haber pasado una noche terrible, mi estado de ánimo era de un abatimiento total. Parecía como si el planeta estuviese consumiendo y disipando mi fuerza de voluntad. Estaba cada vez más seguro de que en el planeta había una fuerte presencia del lado oscuro de la Fuerza. Su población de una forma u otra se presentaba poco hospitalaria y rehusaba de establecer cualquier tipo de contacto conmigo.

De pronto, una rápida observación a la parte trasera de la estancia me sacó de mis pensamientos, la compuerta que daba a la cabina estaba abierta. Bajé a toda prisa para comprobar la compuerta principal de la nave y, para mi mayor sorpresa, seguía cerrada tal y como la había dejado anoche. Quizás me dejé la compuerta de la cabina abierta, no estaba seguro, de lo que sí estaba seguro era de que todo parecía intacto, si habían entrado, no habían intentado robar nada. Me tranquilicé a mí mismo cuando tras analizarlo más detenidamente, no encontré otra explicación más plausible que la de mi despiste.

Con cierto ánimo recuperado, salí de la nave y emprendí otro paseo por la zona. La situación era la misma, nadie por los caminos de la aldea y esa sensación inherente de ser observado.

Esta vez sabía a dónde dirigirme, el día anterior pude ver no muy lejos de donde me había asentado una casa que, aunque en esencial igual a las demás, era más prominente que el resto y podía ser signo de algún tipo de jerarquización social. Si había alguna pista de provecho sobre mi maestro en toda esta aldea, no me cabía ninguna duda de que debía de estar ahí.

No tardé en llegar y en llamar a la puerta. Nadie respondió y durante varios minutos urdí una forma de entrar al edificio. Aprovechando mis oxidadas habilidades de Jedi, me impulsé con el uso de la Fuerza hasta el techo y allí, sigilosamente, me introduje por un tragaluz convenientemente situado aterrizando en una oscura estancia únicamente iluminada por esa entrada de luz y que no parecía tener signos de vida alguna. Conforme avanzaba por las habitaciones, la oscuridad dominaba más la escena hasta el punto de no dejarme distinguir nada. Casi a oscuras, tuve que encender mi sable para adentrarme cada vez más y poder ver algo. Todo esto para darme cuenta de que no parecía haber nada reseñable que pudiese indicar cualquier tipo de pista.

Una vez llegado a lo que parecía ser un gran salón, no vi más que un par de armarios de metal, una robusta mesa y varias sillas a su alrededor. Me acerqué más a los armarios

para poder comprobar su interior y, abriendo el más grande de los dos, me estremecí ante lo que vi en su interior; lo que parecía ser una simple túnica resultó en algo mucho más familiar para mí. Las mangas de la túnica tenían unas sencillas costuras de líneas ondulantes rojas propias de la cultura bith, propias de la túnica de mi maestro. No podía ser una coincidencia, todo apuntaba a que él estuvo aquí hace un tiempo, no creía posible que tras el rumor del mandaloriano y tras encontrar su túnica, hubiese otra explicación más que esta.

Cuando me encontraba sacando la túnica del armario para poder analizarla mejor con la luz natural del exterior, un escalofrío me recorrió el cuerpo y despertó mis sentidos; de pronto, de entre la oscuridad asomó una hoja carmesí que se abalanzó con rapidez hacia mí, mi instinto me hizo rodar hacia una esquina de la estancia esquivando así una embestida que acabó con el armario y la prenda destrozados. En ese momento vislumbré la silueta del atacante de entre los claroscuros contrastes del brillo rojizo de su sable en la penumbra. Era una figura muy alta y delgada con cabeza y extremidades alargadas, en cierto modo terrorífica, pero antes de poder conseguir identificarle volvió a arremeter contra mí con fiereza, una fiereza que pude evitar rodando de nuevo hacia mi izquierda separándome a una distancia prudente de él. Tras eso, tomé yo la iniciativa lanzándole mi sable con la Fuerza, algo de lo que él o ella se percató agachándose para esquivarlo; cuando se levantó dispuesto a devolverme el ataque, no contó con que el sable tenía que regresar a mi mano y, por lo tanto, la espada le hirió gravemente el brazo contrario al que empuñaba su arma. Un fallo de principiante.

Aproveché la confusión y usé la Fuerza para empujarle con tal potencia que atravesó la pared de adobe para terminar en la habitación contigua. No tardó en recuperarse y ponerse en pie, aun así, fue tiempo suficiente como para que yo pudiese levantar con la Fuerza una de las sillas del salón y arrojársela. Fue un movimiento fútil por mi parte puesto que logró neutralizarla fácilmente partiéndola en dos con su sable para luego llegar hasta mí y terminar cruzando nuestros sables con gran intensidad. Pude comprobar que hacía uso de una gran potencia en sus golpes, esta, estaba seguramente extraída de su ira, sin embargo, su estilo y movimientos le delataban una gran tosquedad. Me lanzó una serie de golpes con mucha más fuerza de la normal que logré detener a duras penas hasta que, con el siguiente golpe, decidí desviar su sable utilizando su propia inercia en vez de pararlo en seco como a los demás ataques. Eso me dio una oportunidad de milésimas de segundo para asestarle una patada en la pantorrilla que le dejó postrado de rodillas. Pese a esto, no evité que lanzase un ataque a mis piernas que logré esquivar milagrosamente saltando hacia el techo para, posteriormente en el aire, asestarle un tajo con mi espada dándole de lleno en el cuello. Sin más fuerzas y paralizado por el inesperado desenlace de los hechos, se derrumbó inmediatamente en el suelo asfixiándose con rapidez, era inútil hacer nada por él.

Una vez muerto, acerqué mi hoja a su cara pudiendo identificar el rostro del difunto agresor, rápidamente lo relacioné con la raza de los Muun, pero no terminaba de encajar,

era de una gran semejanza, salvo que, esta vez, su grisácea cara estaba recorrida por largas líneas verticales y sus ojos rematados con sombras de un rojo intenso.

Con apenas unas magulladuras y mucho más recuperado del estrés del combate, tomé el sable láser de mi enemigo del suelo y me dirigí al armario donde se encontraba la túnica para ver si aún se podía recuperar algo de esta. Allí, pese a encontrarla en unas condiciones deplorables, pude cortar un trozo significativo de esta y doblarla con delicadeza para llevarla conmigo.

Sin más tiempo que perder y habiendo ya comprobado toda la casa antes del combate, me dirigí a mi nave a sopesar toda la situación. Una vez allí, di por hecho que este encuentro no había sido casual y que, además, mi enemigo no era más que un inexperto Jedi oscuro. Pese a no haber conocido nunca a un Señor Sith, estaba bastante seguro de que sus habilidades no estaban a la altura de uno, además, hacía centurias que desaparecieron los Sith de la galaxia. Probablemente se trataba de un Jedi renegado que no había terminado su entrenamiento y que se refugiaba aquí, al menos, sus habilidades en combate así me lo dejaron ver. Seguramente me habría estado vigilando desde que llegué al planeta. Estaría ocultando su presencia en la Fuerza para no ser detectado y esperando a que se presentase una buena oportunidad para acabar con aquel molesto visitante recién llegado que era yo.

Todo tenía sentido hasta el momento pero la túnica era una pieza que no lograba encajar en este gran rompecabezas. La túnica podría haber sido de aquel Jedi oscuro además de la casa donde la encontré, pero esas costuras eran demasiado peculiares como para ser algo común en las túnicas Jedi.

Ya no sabía qué más hacer en el planeta, no había ninguna forma de dar con mi maestro ni con nada que pudiese llevarme a él; la situación era frustrante, había perdido el tiempo y lo único que poseía era un trozo de lo que podría ser su túnica. Esta sucesión de hechos resultaba incierta y ambigua, así no iba a conseguir nada.

Regresé a mi nave de la misma forma de la que salí de ella, entre una tensa tranquilidad a través de los caminos de la aldea. En este planeta los días eran cortos y necesitaba reflexionar y descansar, en unas horas partiría de ese planeta abandonando esta fútil búsqueda y regresaría a mis contratos.

Capítulo 3 - Miedo

Tras varios días durmiendo poco y habiendo superado un extenuante combate horas atrás, me encontraba, cuanto menos, fatigado, tanto es así, que fui negligente en cuanto a la comprobación y el sellado de las compuertas de la nave. No tardó en caer la noche y, junto con ella, relámpagos y una lluvia torrencial que auspiciaron una gran tormenta. El casi hipnótico sonido de la lluvia contra la cabina de la nave me ayudó a caer rápidamente en un profundo sueño.

Mis sueños pronto se convirtieron en pesadillas, pero esta vez, no fueron las pesadillas de siempre. Una funesta llegada que hizo que gritos de angustia, desesperación y miedo tornaran en servidumbre, obediencia ciega y docilidad; unas gentes antaño orgullosas de su legado, ahora corrompidas por un poder oculto enterrado en las entrañas que se alimentaba de su voluntad. Un pueblo esclavo de unos designios fatales provenientes de una oscuridad remota e inmensurable. Rituales tenebrosos y siluetas oscuras retorciéndose y susurrando oraciones incomprensibles en una lengua desconocida. Sombras de un pasado remoto.

Desperté al instante, sudores fríos recorrían mi espalda y un repentino ataque de ansiedad hizo que casi me asfixiase. Al despertar, noté la presencia del lado oscuro, estaba por todas partes y era mucho más palpable que el día anterior. Mi cuerpo se heló repentinamente cuando, al mirar por la cabina, distinguí una figura encapuchada con largos mantos mirándome fijamente en la distancia. Noté su presencia en la Fuerza. Estaba algo lejos de la nave, pero cada centellada de relámpago me permitía distinguir aquella silueta casi fantasmagórica entre la oscuridad. Aquel ser, incluso sabiendo que me había percatado de su presencia, seguía sin moverse, inmóvil en la inmensidad de la noche y bajo una pesada y constante lluvia. En ese momento, supe que las cosas se iban a complicar y que debía de estar a la altura si quería salir con vida de ahí, así que sin perder ni un momento más, me puse mi capa y me ajusté el cinturón con el sable y la pistola bláster. Estaba listo para afrontar cualquiera que fuese mi destino.

Cuando abrí la compuerta principal y bajé de la nave, aquella figura seguía justo donde la dejé. Empecé a andar lentamente hacia ella e inmediatamente, justo cuando encendí mi sable láser, empezó a correr velozmente en dirección contraria a mí. Mi respuesta fue casi al unísono, me dispuse a seguirla; era una tarea difícil puesto que solo podía intuir su dirección cada vez que un relámpago me dejaba ver aquella forma.

La lluvia calaba en la ropa y hacía que sintiese mi movimiento más pesado, pero yo solo pensaba en alcanzar a aquel ser que se me escapaba por momentos. Pronto dejamos aquella basta explanada de la aldea para adentrarnos en los densos bosques que la rodeaban. Mi rostro se magullaba y mis ropajes se rasgaban con la vegetación que debía de sortear a toda velocidad, altos árboles y frondosos arbustos que hacían cada vez más difícil que la luz proveniente de los relámpagos me permitiese verle. Estaba tan concentrado en distinguirle y en seguirle sin perder el ritmo que, cuando salté un

matorral, no me di cuenta y caí por un gran agujero excavado en el suelo quedándome inconsciente.

Recuperé la consciencia al cabo de minutos o quizás horas, estaba muy desorientado, no sabía cuánto tiempo llevaba inconsciente pero sí que aún seguía siendo de noche. Me dolía todo, tenía muchas contusiones, sentía que me había roto alguna costilla pero apenas pude dedicarle pensamientos a mi dolor cuando me di cuenta de que donde había aterrizado, no era en una cueva normal, parecía algún tipo de templo subterráneo o lugar de ceremonias. El suelo estaba cubierto de huesos resquebrajados y las paredes estaban ricamente ornamentadas con inscripciones en lo que parecía ser una lengua totalmente ajena para mí. No me entretuve más y pensé en una forma de salir de ahí; puesto que el orificio por el que había caído estaba muy alto, descarté la opción de remontarlo de inmediato. Debía pensar en otra salida.

Me sentía atemorizado, aquel lugar me erizaba los pelos de la nuca y, por si fuera poco, en aquella sala hacía un frío singular. No podía quedarme más tiempo ahí, tenía que encontrar a aquella silueta, algo me decía en mis adentros que aquel ser, o lo que quiera que fuese, tendría las respuestas de este este misterio. Al rato, tras una observación más detenida de la estancia, pude comprobar que había una fuerte corriente de aire fluctuando desde el agujero por el que me precipité hasta varias grietas concentradas en una zona rocosa de la pared de la cueva. Eso podía significar que más allá habría una salida. Era la única opción que se me pasó por la mente para salir de aquel lugar, así que sin dudarlo ni un momento, empecé a retirar las rocas que creaban aquellas pequeñas hendiduras para comprobar, al cabo de escasos minutos, que había un pequeño túnel escarbado que conectaba con otra gran cavidad o sala. Lo curioso de aquella sala contigua es que se encontraba iluminada, su iluminación parecía proveniente de algún tipo de fuego encendido en forma de hoguera o antorcha, nada de focos ni luces artificiales, sea como fuere, pronto lo comprobaría.

Empecé a reptar por aquel estrecho pasadizo sin poder evitar emitir gemidos de dolor al arrastrar mi cuerpo contra el suelo; aquello me provocaba una sensación de ardor en el interior del abdomen, sin duda, tenía varias costillas rotas. Intenté concentrarme en la Fuerza para mitigar el dolor pero me encontraba tan agitado que apenas funcionó. No sabía que podía encontrar por estas salas y galerías así que afiné mis sentidos y me preparé para lo peor.

Al llegar al otro lado de la estrecha galería, pude apreciar lo grande que era la sala que momentos antes imaginaba. Las paredes eran como las de la anterior cavidad solo que estas, además, tenían antorchas cada cinco metros que iluminaban con gran intensidad toda la zona; la estancia se sentía muy espaciosa junto con un techo de gran altura, la carencia de mobiliario sin duda contribuía a acentuar esa impresión, lo único reseñable eran unas filas de sobrias columnas a cada lado de la estancia. Este sitio parecía diseñado para albergar a una gran multitud. Al fondo de la cámara, había unas escalinatas muy altas y amplias que daban a una zona rematada con un altar y grandes candelabros que flanqueaban sus extremos. En este sitio rezumaba un mal indecible, podía sentirlo.

Dirigiéndome hacia las anchas escaleras, escuché un sonido de pasos cada vez más audible desde el fondo de la zona del altar. Venían hacia aquí, ¿se abrían percatado de mi presencia? Mi reacción no se hizo esperar y corrí a esconderme tras una de las columnas de la derecha. Aquellos pasos resonaban con cada vez más intensidad, pero no se escuchaba ni una sola voz; calculé que debía de tratarse de, al menos, dos o tres personas. De pronto, pararon y se hizo el más absoluto silencio.

Una voz profunda y casi de ultratumba se alzó rompiendo aquella quietud.

—Sé que estás ahí y sé que es lo que has venido a buscar en este planeta. —Me mantuve en silencio.

»Llevo observándote desde que llegaste a este, mi planeta. Oculté mi presencia en la Fuerza para que no pudieses percatarte de mi existencia y así enviar a mi aprendiz a seguirte y eliminarte; estaba claro que infravaloré tus capacidades, aunque a decir verdad, no me sorprende que hayas podido de deshacerte de él, era débil, su orgullo y su impulsividad le cegaban, seguro que no fue un rival digno. —Aquella voz rota y monstruosa solo me producía escalofríos.

»Llevo aquí más de doscientos años, dos centurias y media sobrevividas alimentándome de la energía de los débiles nativos del planeta y gobernándoles desde las sombras. Es lo único que me quedó desde que perdimos la guerra, el exilio en las profundidades del Borde Exterior alejado de miradas indiscretas y un deseo incontenible de venganza. —Se empezaron a escuchar pasos de nuevo bajando por la escalinata hasta estar a unos escasos metros de donde me escondía.

»En cierto modo, desde el momento en el que pusiste un pie en mi planeta, supe que esto iba a terminar así. Lo creas o no, no me gustaría tener que acabar contigo, pese a que alimentarme de tu vitalidad me sería sin duda de gran provecho, pienso que serías de mayor utilidad si te unieses a mí. Piénsalo, con mis conocimientos, alcanzarás la inmortalidad y tendrás mucho más poder que nadie más en la Orden Jedi, aunque bueno, tú no eres tampoco un Jedi, ¿no es así Zeth? —Soltó una perversa y estruendosa carcajada.

»Utiliza ese dolor y culpabilidad que te asolan a tu favor en vez de ser consumido por ellos, empúñalos y extrae su vigor, así y solo así serás capaz de liberarte de la carga de la muerte de Cos Varik, puesto que sí, está muerto, tú mismo presenciaste los restos de aquella barbarie, deja de engañarte y examina tus sentimientos. ¿Aún piensas que sigue vivo?… Pobre iluso, te quedan muchas cosas por saber de él, cosas que seguro que no te contó. Si te unes a mí, al omnipotente Darth Paymon, prometo decirte quien fue el verdadero Cos Varik, no aquella imagen embustera que te hizo creer.

—¡Cállate, aquí el único mentiroso y manipulador eres tú, maldito Sith! —En ese momento, cegado por la ira y el miedo, cargué contra Darth Paymon a toda velocidad. El Sith detuvo mis embates con soltura, parecía como si se antepusiese a mis movimientos y hubiese estado esperando mi ataque justo desde donde me escondía.

Cuando el ímpetu de mis acometidas se vio disminuido, dirigió un golpe seco con la palma de su mano hacia mi nariz noqueándome para luego retirarse de mí con un salto mortal hacia atrás.

—¡Insensato, la única oportunidad que tienes de salir vivo de aquí es sometiéndote a mí!

—Entonces mi sino ya está sellado —declaré con firmeza.

—Debí de suponer que serías igual que Cos, todo un desperdicio, de cualquier forma, disfrutaré acabando contigo y absorbiendo tu poder. —En ese momento, el Sith se desprendió de su capa cayendo esta al suelo y dejándome ver su verdadera naturaleza; ante mis atónitos ojos, presencié lo que aparentaba ser una figura humana demacrada; diferentes tonalidades de gris, llagas y putrefacción formaban junto con un rostro deforme unido a una máscara de respiración aquella aberración cadavérica llamada Darth Paymon.

Contemplando mi notable asombro, encendió su sable rojo y me dedicó una terrorífica sonrisa mientras descargaba con su mano restante una andanada de rayos de la Fuerza que me pillaron casi por sorpresa pero que logré detener con mi sable en el último momento. Me empezaba a costar mantener la defensa contra aquellos ininterrumpidos relámpagos de semejante potencia, por lo que decidí desviarlos a mi derecha con el sable y hacer un rápido movimiento hacia el sentido contrario, la izquierda. Los rayos pronto se perdieron e impactaron contra la columna donde me había escondido fragmentándola severamente sin desprenderla completamente. La imagen de la semidestruida columna de su templo debió de enfurecerle puesto que le dirigió una rápida mirada para después emitir un ininteligible gruñido y lanzarse sable en mano hacia mí. Sus movimientos eran de una velocidad y precisión, inigualables para mis habilidades, me sentía cada vez más abrumado y agotado, y por si fuera poco, con cada movimiento brusco del combate sentía esos dolorosos pinchazos en el área abdominal provocados por la caída desde el agujero momentos antes.

Si no conseguía dar con una forma de revertir esta situación, pronto sucumbiría a la maestría de sus ataques. Mis oportunidades de pasar a la ofensiva en el duelo eran escasas y a menudo breves, al poco volvía a verme defendiéndome de sus golpes. Pese a que aún no había logrado cortarme con su sable láser, ya había encajado diversos puñetazos y patadas que estaban haciendo severos estragos en mi equilibrio y concentración.

Inesperadamente, tras varios minutos entrecruzando nuestros sables, Paymon lanzó un excepcional tajo hacia mi cuello que pude esquivar inclinándome hacia atrás dejando mi defensa descubierta para próximos ataques. Esto le dio la oportunidad de asestarme una demoledora patada dirigida hacia el estómago que me lanzó varios metros hacia atrás y dejó mi sable láser a sus pies. Su posterior movimiento fue más que evidente; yo, incapaz de levantarme al retorcerme de dolor en el suelo, no pude evitar que cortase en dos la empuñadura de mi sable, inutilizándolo.

Encontrándome aun en el suelo y haciendo un gran acopio de fuerzas, saqué mi pistola bláster del cinturón en un desesperado intento de defenderme; Paymon no tuvo

ninguna dificultad para reflectar los disparos del bláster con su espada haciendo que, incluso uno, revotase impactando en mi hombro dañando severamente la movilidad de mi brazo izquierdo. Aquel impacto provocó que la pistola bláster se me escapase de la mano. En ese momento, lanzó mi pistola lejos de donde yo estaba usando la Fuerza y empezó a correr a gran velocidad dispuesto a asestarme el golpe final.

Justo ahí, recordé que aun poseía el sable que recogí de su difunto aprendiz y con gran agilidad, lo saqué del bolsillo de mi túnica para así desviar su estocada aun bocarriba en el suelo. Aproveché la propia potencia del que pensó que sería su último movimiento para, con ayuda de mi pierna, arrojar a un confiado Paymon por encima de mi cabeza hacia atrás.

Con el Sith en el suelo tras una violenta e inesperada caída, aproveché para levantarme lo más rápido que pude. El dolor recorría todo mi cuerpo pero especialmente el hombro izquierdo y el pecho, lo que hizo que me costase mucho levantarme y que una de mis manos estuviese sobre mi costado derecho mientras la otra empuñaba de forma pésima el sable. No podía seguir presentando batalla, en cuanto Darth Paymon se levantase, acabaría conmigo.

Al mirar a mi alrededor con la vana esperanza de encontrar cualquier recurso en el que apoyarme para salir vivo del combate, pensé en los candelabros que bordeaban el altar. Para cuando quise atraer uno de los dos para lanzarlo, Darth Paymon ya se había levantado y había empezado a electrocutarme con los relámpagos de la Fuerza. El dolor era indescriptible, no pude contener gritos de agonía, podía oler la carne quemada y cómo brotaban ampollas por todo mi cuerpo. Pude escuchar como sus carcajadas retumbaban en toda la estancia. Aun así y pese a mi situación, hice un último esfuerzo concentrándome en lanzar aquel candelabro hacia él. Finalmente lo conseguí, el candelabro lo golpeó sin hacerle apenas daño pero provocó que, en pocos momentos, su ropa y, posteriormente, su cuerpo se prendiesen en llamas. En breves, el Señor Sith dejó de lanzar rayos de la Fuerza para empezar a chillar de forma escalofriante y emitir movimientos estridentes e involuntarios presa de las llamas que poco a poco le iban consumiendo. Caí de rodillas y presencié herido de muerte como se aventuraba el final de Paymon mientras su agonía dejaba paso a su definitiva muerte.

Pasaron muchos minutos desde la muerte del Sith, pero yo, me encontraba tal y como había terminado el combate, de rodillas. Moribundo y casi sin fuerzas, escuché su voz, aquella voz que había ansiado escuchar tras tanto tiempo. No sabía identificar si estaba siendo presa de delirios o si aun podía distinguir lo que era real de lo que no.

—Lo has hecho bien mi antiguo aprendiz, me has servido mucho, gracias a tu constante búsqueda y como planifiqué y pronostiqué, has acabado con mi antiguo maestro; cuanto menos sorprendente. Ahora soy yo quien tiene el poder, ahora soy yo quien ostenta el legado de los Sith.

A penas pude balbucear unas escasas palabras inaudibles y escuché como detrás de mí se encendía una hoja. Al momento, una estocada certera atravesó mi pecho para

terminar derrumbándome en el suelo sin vida. No le llegué a ver, pero supe que era él. No tuvo el valor de mirarme a los ojos.

Conclusión - Amargura

Brillando en el cielo de medianoche,
sobre los abismos etéreos y distantes,
me acechaba, anhelante,
una seductora, resplandeciente estrella;
Cada crepúsculo retornaba
brillando bajo dos soles.

Místicas formas bellas se fundían
en sus gloriosos rayos dorados,
fantasías de dicha descendían
en miríadas de elisíaco placer.
De sus coros de liras se extendían
como cantos de bellas melodías.

Pensé que el placer reinaba allí,
donde el libre y el bendito habitan,
y cada instante un tesoro traía
envuelto en flores de loto,
flotando en una nota líquida
de los laudes de los viejos Celestiales.

Allí, me dije, existen
mundos de felicidad desconocida,
donde la inocencia es alabada
en el trono de la coronada virtud;
Hombres de luz, de pensamientos
más puros, más diáfanos que los míos.

Entonces sentí horror ante la visión,
se tornó roja y delirante;
La esperanza se disolvió en burla,
la belleza en fealdad;
Himnos extraños se arrastraron,
signos espectrales se mezclaron.

Carmesí ardió la estrella de la locura
que antaño admiré tan bella;
Todo era triste donde hubo felicidad,
y en mis ojos tembló una verdad;
Infames demonios salvajes desfilaron
a través de mi febril visión.

Ahora conozco la macabra fábula
que surgía de aquel dorado esplendor;
Ahora evito la tétrica luz
que antaño amé con fervor;
Pero el horror, estable y mortal,
acechará mi alma por siempre.

FIN